

CAPITULO ALFONSO  
(...)

VOLUNTAD

# OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

## EPISODIOS NACIONALES

EDICIÓN ECONÓMICA: TOMOS EN 8.º A DOS PESETAS

Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.—El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

Tomando en la Administración los 20 tomos, 35 pesetas.

## GRAN EDICIÓN ILUSTRADA

Diez hermosos volúmenes, conteniendo cada uno dos *Episodios*, con más de 1.200 grabados. Precio en la Administración: encuadernados en rústica 138 pesetas; 168 en tela. Toda la obra, pagada en la Administración, 125 y 155. Idem a plazos, 140 y 170. Para provincias, remitida por correo, sin certificar, 130 y 170, y a plazos 145 y 180. Por suscripción: cuadernos de cuatro entregas a peseta cada uno.

## NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

TOMOS EN 8.º

<b>Dña Perfecta.</b> —Un tomo, 2 ptas.	<b>Miau.</b> —Un tomo, 3 pesetas.
<b>Gloria.</b> —Dos tomos, 4 pesetas.	<b>La Incógnita.</b> —Un tomo, 3 pesetas.
<b>Marianela.</b> —Un tomo, 2 pesetas.	<b>Realidad.</b> —Un tomo, 3 pesetas.
<b>La familia de León Roch.</b> —Tres tomos, 6 pesetas.	<b>Angel Guerra.</b> —Tres tomos, 9 ptas.
<b>El amigo Manso.</b> —Un tomo, 3 ptas.	<b>Tristana.</b> —Un tomo, 3 pesetas.
<b>La desheredada.</b> —Dos tomos, 6 pts.	<b>La loca de la casa.</b> —Un tomo, 3 pts.
<b>El doctor Centeno.</b> —Dos tomos, 6 pesetas.	<b>Torquemada en la cruz.</b> —Un tomo, 3 pesetas.
<b>Tormento.</b> —Un tomo, 3 pesetas.	<b>Torquemada en el purgatorio.</b> —Un tomo, 3 pesetas.
<b>La de Bringas.</b> —Un tomo, 3 ptas.	<b>Torquemada y San Pedro.</b> —Un tomo, 3 pesetas.
<b>Lo prohibido.</b> —Dos tomos, 6 ptas.	<b>Nazarín.</b> —Un tomo, 3 pesetas.
<b>Fortunata y Jacinta.</b> —Cuatro tomos, 12 pesetas.	<b>Halma.</b> —Un tomo, 3 pesetas.

**La Fontana de Oro.**—Novela histórica del memorable período de 1820 á 1821 (4.ª edición).—Tomo en 8.º, 2 pesetas.  
**El Audaz.**—Historia de un radical de antaño (1804) (4.ª edición).—Tomo en 8.º, 2 pesetas.  
**Torquemada en la hoguera etc.**—Tomo en 8.º, 3 pesetas.  
**La Sombra, Celin, Tropiquillos, Theros.**—Tomo en 8.º de 360 págs., 2 ptas.

**Realidad.**—Drama en cinco actos, arreglo de la novela del mismo título por su autor, 2 pesetas.  
**La loca de la casa.**—Comedia en cuatro actos, 2 pesetas.  
**La de San Quintín.**—Comedia en tres actos, 2 pesetas.  
**Los Condenados.**—Drama en tres actos y un *Prólogo*, 2 pesetas.  
**Voluntad.**—Comedia en tres actos, 2 pesetas.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la casa editorial *La Guirnalda*, San Mateo, 11 duplicado, bajo, Madrid.

# VOLUNTAD

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 20 de Diciembre de 1895.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID

Establecimiento tipográfico LA GUIRNALDA  
CALLE DE LAS POZAS NÚM. 12

1896

PERSONAJES

ACTORES

ISIDORA.....	Srta. Guerrero.
DOÑA TRINIDAD.....	Sra. Domínguez.
TRINITA.....	Srta. Blanco.
ALEJANDRO.....	Sr. Díaz de Mendoza.
DON ISIDRO BERDEJO.....	» Jiménez.
DON SANTOS BERDEJO.....	» Carsí.
SERAFINITO.....	Srta. Va'divia.
LUENGO, corredor.....	Sr. Cirera.
DON NICOMEDES, prestamista.....	» Díaz.
BONIFACIO, dependiente.....	» Mendiguchia.
LUCAS, ídem, íd.....	» López Alonso.
UN COBRADOR.....	» Torner.

Director de escena: RAFAEL M. LIERN

La escena en Madrid, calle Mayor.—Época contemporánea.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

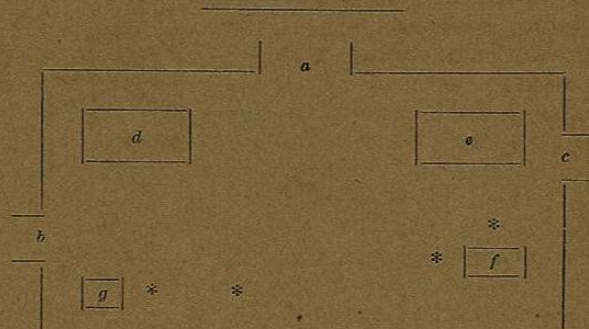
Serán furtivos todos los ejemplares de esta obra que no lleven el sello de *La Guirnalda*, cuya casa editorial, San Mateo, 11 duplicado, servirá los pedidos que de ella se le hagan.

Los Comisionados de la Administración Lírico-Dramática de don EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

ACTO PRIMERO

Trastienda de un establecimiento comercial.



- (a) Puerta que comunica con la tienda y el almacén.
- (b) Puerta que conduce á las habitaciones de los dueños del establecimiento.
- (c) Puerta por donde se sale al portal de la casa.
- (d y e) Mesas grandes, sobre las cuales hay multitud de cajas, piezas de tela, vasos japoneses y otros objetos de comercio.
- (f) Mesa con los libros, papeles y utensilios de escribir de una casa de comercio.
- (g) Velador.
- (\*) Sillas.

Derecha ó izquierda se entiende del espectador.

ESCENA PRIMERA

DON ISIDRO, en la mesa, examinando un libro de cuentas, DOÑA TRINIDAD, en el centro, sentada; junto á ella, DON NICOMEDES, sentado como en visita, LUENGO, en pié.

ISIDRO (Dando un gran suspiro, cierra el libro de cuentas.) Si Dios no hace un milagro, no hay salvación para mi casa.

TRIN. (Añigida.) ¡Jesús nos valga!

- LUENGO Querido don Isidro, ánimo. Una retirada honrosa, como dijo el otro, vale tanto como ganar la batalla.
- NICOM. Justo. El valor es plata, la prudencia oro. ¿Que no puede usted vencer? Pues se retira en buen orden, y...
- LUENGO Y acepta el traspaso que le propuse.
- TRIN. ¡Traspasar, rendirse cobardemente! ¡Ay, si viene la miseria no es decoroso que nos entreguemos á ella sin lucha!
- ISIDRO (Con gran abatimiento.) ¡Luchar! ¡Qué bonito para dicho! Pero, en fin, luchemos, alma, luchemos. (Reanimándose.) Cierto que aún podríamos... Luen-go querido, don Nicomedes, yo veo un medio de salir á flote, con paciencia, y tiempo por delante... pero necesito del concurso de los buenos amigos...
- LUENGO Don Isidro de mi alma, doña Trinidad, bien saben que les quiero como un hijo... ¡Ah, si yo tuviera capital, ya estaba usted salvado! Pero es público y notorio que mis corretajes no me dan más que lo comido por lo servido. El amigo don Nicomedes, á quien hablé esta mañana de parte de usted, ha tenido la bondad de venir conmigo para manifestarles...
- ISIDRO ¿Qué?
- NICOM. Que lo siento mucho, amigo Berdejo, que lo siento en el alma... Pero me coge sin fondos, absolutamente sin fondos.
- ISIDRO ¡Todo sea por Dios! (Con amargura.)
- NICOM. (Con afectación de cariño.) Bien sabe que le quiero como un hermano...
- TRIN. Sí, sí; todos nos quieren como hermanos, como hijos, pero nos hundimos, y no hay quien nos alargue una mano, un dedo, para que nos agarrremos y podamos salir...
- NICOM. ¡Qué más quisiera yo, mis amigos del alma!... (Dudando.) En último caso...

- LUENGO (Aparte á don Nicomedes, pasando á la izquierda.) Cuidado; no ablandarse.
- NICOM. Imposible, imposible... Busque por otro lado... ¿Por qué no intenta usted algo con su vecino del entresuelo, el amigo Morales?
- TRIN. ¡Oh! Morales no hace préstamos.
- ISIDRO Es triste cosa que un establecimiento como éste, tan acreditado, tan antiguo, haya existido más de un siglo con vida próspera y robusta, para venir á deshacerse en las manos del último de los Berdejos, tan honrado como el que más.
- NICOM. Como el primero, eso sí. Digno sucesor de los honradísimos, de los intachables Berdejos.
- ISIDRO Siempre cumplí fielmente mis compromisos. He favorecido á cuantos amigos se acercaron á mí en demanda de apoyo...
- LUENGO (Interrumpiendo.) Ahí, ahí duele... En el comercio, queridísimo don Isidro, no hay enfermedad más peligrosa que el reblandecimiento... del corazón.
- NICOM. Sí, sí. Yo digo que la bondad, la excesiva bondad y confianza pesan mucho. Son como el oro. Nada; que forrado en esas virtudes, se va uno al fondo.
- LUENGO (Riendo.) Está bien.
- ISIDRO Como quiera que sea, queridísimo don Nicomedes, venga usted en mi ayuda.
- NICOM. ¡Oh! Si pudiera... ¡Qué mayor satisfacción para mí!... Pero crea usted que...
- LUENGO A decidirse pronto. Traspase el establecimiento en los términos que le indiqué...
- TRIN. No, no. Lucharemos aún. ¿Verdad, Isidro?
- ISIDRO (Muy abatido.) Sí... luchar... (Irresoluto.) No sé... Dejádme... Estoy loco.
- TRIN. (Viendo entrar por el foro izquierda á Trinita y Serafinito.) ¡Oh! aquí están ya mis niños. (Va á su encuentro.)

ESCENA II

DICHOS; TRINITA, SERAFINITO, que vienen por el foro, vestidos con relativa elegancia.

- LUENGO (Por Trinita.) ¡Qué elegantita, la niña de la casa!
- TRINITA (Saludando.) Don Nicomedes...
- NICOM. ¡Qué monada de chiquilla!
- LUENGO (Por Serafinito.) ¿Y dónde me deja usted á este sabio en leche?
- SERAF. Quita allá, ¡bruto! (Con desprecio.)
- NICOM. (Saludándole.) Serafin, casi casi estás hecho un hombre. (Serafinito le saluda con frialdad.)
- TRINITA Papá, el tío Santos ha venido del pueblo esta mañana. ¿Cómo no está aquí? (\*)
- ISIDRO (Distraído.) No sé...
- LUENGO Sí; yo le ví entrar en su jaco por la calle de Toledo...
- TRIN. Es raro que no esté ya en casa.
- ISIDRO Ya parecerá.
- TRIN. (Á Trinita cariñosamente.) ¿Y qué tal? ¿Venís de casa de las de Cabrales? ¿Cómo va ese ensayo?
- TRINITA Divinamente.
- TRIN. ¿Acordado ya el programa del conciertito?
- LUENGO ¡Dichoso programa! Mis sobrinas me traen loco. Purita rompe plaza con la *Marcha fúnebre*.
- TRINITA Rosario Cuadrado canta el *Non posso vivere* que le acompaño yo.
- LUENGO Y tú tocas el *Nocturno* de Chapa.
- TRINITA De Chopin... Luégo la *Danza Macabra* á cuatro manos... Esta noche, no hay remedio... tengo que volver á ensayar. Pero el señorito este dice que no puede llevarme.
- ISIDRO ¿Cómo no?
- SERAF. (Gravemente.) Papá, no puedo.

(\*) Luengo, don Nicomedes, Serafinito, doña Trinidad, Trinita, don Isidro.

- LUENGO ¡Ah! es verdad. El chiquitín habla esta noche en el *Círculo histórico literario*.
- NICOM. Sí; ya lo decía anoche el periódico: «tiene pedida la palabra el joven orador don Serafín Berdejo.»
- ISIDRO Ah, sí... la discusión de la Memoria de tu amigo Porras.
- SERAF. Sobre la Solidaridad de las funciones sociales. Anteanoche, Pepe Canseco, que se metió en la Antropología Criminal, me aludió de un modo tan transparente... Me llamó «el ilustre degenerado...» Porque yo soy un lombrosista furibundo.
- TRIN. ¡Qué rico! Eres *lombrosicista*... ¡Qué criatura, qué prodigio!
- ISIDRO Me dan miedo estos chicos del día. Nacen sabiendo lo que antes ignoraban los viejos más estudiosos.
- TRIN. Pues niña, esta noche, tu hermano no puede acompañarte... Ya ves...
- TRINITA (Displicente.) ¿Y me fastidio yo por estas simplezas de los discursos de sonsonete, y de las Memorias pegadas con saliva?
- SERAF. Simplezas tus conciertos, y tus soireés de niñas cursis. Unas aporrean teclas, otras imitan el canto de los grillos, y todas han declarado la guerra á la musa Euterpe, y á los tímpanos de la pobrecita humanidad.
- TRINITA Cállate, sabibondo huero, mico de la Filosofía, y de la Antropo... potro... no lo digo.
- SERAF. Cállate tú, lumbreira de la ignorancia, oráculo de la insustancialidad...
- TRIN. (Apaciguándoles.) Vaya, no reñir. Vete á estudiar el *Nocturno*, y tú á prepararte...
- TRINITA ¡Qué fastidio! Este lo que quiere... (Siguen disputando.)
- SERAF. Es ella la que...
- TRIN. ¡Silencio! (Llevándoles hacia la izquierda.)
- TRINITA No se le puede aguantar.
- TRIN. Juicio, niños. . Mirad que no estamos hoy para

bromas. (Van los dos hermanos hacia la puerta de la izquierda riñendo. Doña Trinidad trata de calmarles amorosamente. Sale Bonifacio, que se dirige á don Isidro. Luengo y don Nicomedes bajan al proscenio.)

### ESCENA III

DICHOS, menos los dos chicos; BONIFACIO

ISIDRO ¿Qué buscas?  
 BONIF. Muselinas negras.  
 ISIDRO Me parece que aquí... (Busca en la anaquelera del pasillo del fondo.)  
 LUENGO (Con don Nicomedes en el proscenio.) Francamente, temía que usted se ablandara...  
 NICOM. ¿Yo...? Me llamo Guijarro.  
 LUENGO Porque esta pobre gente se hunde.  
 NICOM. Y no hay más que dejarles bajar, dejarles caer, y cuando estén en tierra, ya entrarán en razón.  
 LUENGO Y traspasarán, no lo dude usted, en condiciones ventajosísimas...  
 NICOM. Para nosotros... y para ellos también... pues ¿qué más podrían aspirar?... (Contemplando el local.) ¡Hermoso establecimiento! y abarrotado de artículos de Europa y Asia.  
 ISIDRO (Cansado de buscar.) Veamos aquí. (Pasa con Bonifacio á la mesa de la derecha.)  
 NICOM. ¿Y no podría suceder que recibieran auxilio de la otra hija, Isidora?  
 LUENGO Imposible. No se tratan con ella.  
 NICOM. (Dudando.) Hum. ¿Estás seguro? Lo averiguaremos.  
 ISIDRO (Con displicencia.) Pues se acabaron. Dí que no hay. (Vase Bonifacio. Vuelve don Isidro al proscenio, y doña Trinidad, después de despedir á los chicos por la izquierda.)  
 TRIN. ¡Ay, qué criaturas!  
 LUENGO Están ustedes babosos con los tales críos (\*).  
 ISIDRO La niña es una monada, tan finita y tan...

(\*) Luengo, don Nicomedes, doña Trinidad, don Santos.

TRIN. El niño sí que es mono, con tanto talento, y ese pico de oro... Otro más oradorcito no le hay á su edad.  
 NICOM. Sí, monísimos los dos. Pero yo le diré á usted, amigo don Isidro, si no se enfada, que este par de mocosos, el uno con su ciencia de huevito pasado, la otra con sus tocatas y sus perifollos, no valen para descalzar el zapato á la hija mayor de usted... ¡ah! aquella Isidorita tan reguapa, tan simpática y hacendosa...  
 ISIDRO (Abigido.) ¡Ay, amigo mío!  
 TRIN. ¡Hija de mi alma!  
 NICOM. Sí; ya sé cuánto han sufrido ustedes...  
 ISIDRO Es como si la hubiéramos perdido, perdido para siempre.  
 TRIN. (Deseando cortar la conversación.) No nos hable usted... por Dios...  
 ISIDRO Renueva usted la tremenda herida.  
 TRIN. ¡La queríamos tanto!...  
 ISIDRO La adorábamos.  
 NICOM. Y que lo merecía.  
 ISIDRO Porque usted no puede figurarse, señor don Nicomedes, mujer de cualidades más extraordinarias.  
 LUENGO Un talento de primer orden.  
 TRIN. Y á más del talento, una energía colosal.  
 LUENGO ¡Y una gracia! ¡Ay, qué gracia, y qué ángel, y qué...!  
 ISIDRO ¡Y una disposición para todo!... Hace dos años, cuando caí malo, tomó á su cargo el establecimiento, y llevaba los negocios de un modo admirable. Mejor, mejor que yo.  
 NICOM. Lo creo.  
 TRIN. Y para mí era un descanso... porque gobernaba la casa... vamos, mejor que yo misma.  
 NICOM. También lo creo. Y de la noche á la mañana, el amor, el gran disolvente, vino á trastornar todas esas perfecciones y á reducirlas á cero.

- ISIDRO Como por brujería ó encantamento, sí. Aquella hijita tan buena, aquélla que parecía la razón misma hecha mujer, ve á un hombre en casa de nuestros amigos los Vallejos, le habla, le trata dos ó tres semanas, se enamora de él pérdida-mente, se ciega, enloquece....
- TRIN. Y llega hasta el extremo de huir de nosotros, de abandonar padres, familia, esta honrada casa...
- NICOM. ¡Qué desdicha! Y el tal es Alejandro Hermann, hijo de aquellos alemanes que tuvieron el negocio de maquinaria...
- LUENGO Un sonámbulo, con la cabeza llena de fantasma-gorías, palabra engañadora, buena figura... simpático él, eso sí.
- NICOM. ¿Hombre rico?
- ISIDRO Así parece.
- LUENGO Heredó un buen capital. Pero como no mira por sus intereses, y es una mano rota, ya se le ha filtrado más de la mitad. No piensa más que en cosas de esas... de esas que no se ven, que no se tocan... en toda esa música que anda por los espacios imaginarios.
- NICOM. Pues á ese paso...
- LUENGO Gasta, se divierte, viaja, sueña despierto, adora la música, los cuadros, los libros que hablan de... de... de todo aquello que no se ve, vamos.
- NICOM. ¿No es ese el que tiene su dinero en poder de Guevara?
- LUENGO Justamente.
- NICOM. (Á don Isidro.) Y jamás le pide cuentas ni se ocupa... ¿qué le parece?
- ISIDRO No sé... A mí no me pregunte usted nada de ese hombre.
- TRIN. No nos tratamos.
- NICOM. ¿Pero de veras, no se tratan ustedes con su hija?
- TRIN. No señor... ¡no faltaba más!
- ISIDRO Para nosotros, como si no existiera. Nuestra dig-

- nidad no nos permite transigir en ninguna forma con el oprobio.
- NICOM. A menos que el alemán se case...
- ISIDRO Cuando no lo ha hecho ya... (Con pena.) Yo les suplico que no me hablen más de... (Óyese la voz de don Santos.)
- SANTOS (Antes de salir grita en la tienda.) ¡Mis alforjas, gandules...! ¡Dónde están mis alforjas...!
- TRIN. ¡Ah! ya está aquí tu hermano.
- NICOM. El buen don Santos.
- ISIDRO Como siempre, alborotando la casa.

#### ESCENA IV

#### DICHOS; DON SANTOS

- SANTOS Mis alforjas... ¡Ah! aquí están... acabáramos (En la puerta del foro. Recibe las alforjas de manos de un dependiente.)
- TRIN. Hombre, no grites.
- ISIDRO A ver. ¿Qué traes ahí?
- SANTOS (Saludando friamente.) Señores... (Saca un par de perdices de las alforjas.) Mirad.
- TRIN. ¡Qué hermosura!
- SANTOS Parecen pavas. Esta mañana las maté. (Saca otros dos pares.) Nos las pones estofadas.
- TRIN. Venga. (Recege las perdices, y se va por la izquierda.)
- LUENGO ¡Bien por los grandes cazadores! ¿Y no convida?
- SANTOS Á tí no.
- NICOM. ¿Y á mí?
- SANTOS Tampoco. ¿Está bien que salga yo á despernar-me por esos campos, para que el fruto de mi trabajo y de mi habilidad vaya á parar á las manos del rico avariento? (Risas.) Ustedes, cazadores de negocios, cuando apuntan bien y ponen la res patas arriba, ¿me convidan á mí... é monedas de cinco duros?
- NICOM. ¡Já, já!... (Ríen don Nicomedes y Luengo.)
- LUENGO ¡Qué don Santos!
- NICOM. Siempre tan bromista...

SANTOS ¿Y qué tal? (Á su hermano.) ¿Se arregla eso?... ¿Estos señores...?

ISIDRO (Con tristeza.) No hemos hecho nada.

SANTOS (Con socarronería.) Naturalmente. (Á don Nicomedes.) Tiene usted sus capitales colocados... justo... lo mismo que yo, que todo mi dinerito lo tengo dado á rédito, en condiciones ventajosísimas, estupendas, fabulosas... Figúrese usted, don Nicomedes: poseo en Móstoles las finquitas que heredé de mi esposa... nada.. cuatro terruños... uná decencia pobre... ó una pobreza decente, como usted quiera. Pues todo lo que saco del trigo y de las patatas, lo pongo en un saquito...

LUENGO ¡Qué celebre!

SANTOS Y lo voy dando á los pobres del pueblo que lo necesitan... hasta que se acaba... y entonces ya no doy más. Dicen que esos dineros pasan á las arcas de Dios, y allí se constituyen en deuda consolidada, y que en bienaventuranza y gloria le dan luego á uno los intereses... á razón de tantos miles de millones por ciento. Con que ya ve... qué negocio se pierde usted.

NICOM. (Riendo.) ¡Famoso! ¡Qué viejo más salado!

SANTOS Con que, hermano mío, no te apures. Si viene la catástrofe, y se te cae la casa al suelo, ya sabes que en la mía de Móstoles, que es bien grande y desahogada, no faltará un hueco para vosotros, ni en la mesa las buenas calderadas de patatas, las riquísimas migas, el excelente cabrito... Luego salgo yo á dar un paseo con mi escopeta... y púm... la cena. Adoba todo esto con la paz del alma y la amenidad campestre, échale encima unos granitos de olvido, y un buen espolvoreo de conformidad con la voluntad de Dios, y tendrás la vida más deliciosa y más santa que un hombre puede soñar.

NICOM. ¡Bien, bravísimo...! Que se deje de imposibles luchas, y se retire á descansar.

LUENGO Que acepte el traspaso...

ISIDRO (Meditabundo.) ¡Imposible!

SANTOS Con lucha ó sin lucha, querido hermano mío, tú nunca has de ser rico.

ISIDRO Ni lo pretendo.

SANTOS (Bruscamente, queriendo despedirles.) ¡Con que... queridísimos amigos...!

NICOM. ¡Pero nos echa?

SANTOS Como echarles, no, pero estoy deseando que se larguen. Tengo que hablar con mi hermano de un asunto reservado.

LUENGO En ese caso...

SANTOS De un asunto doméstico.

TRIN. (Que vuelve por la izquierda, y oye las últimas expresiones.) ¡Qué será!

NICOM. Don Isidro, no olvide que en caso de traspasar, yo...

SANTOS (Impaciente.) ¡Ea, despéjenme el terreno!

LUENGO Ya, ya nos vamos.

NICOM. ¡Qué don Santos! ¡Nos expulsa, después del increíble desaire de no querer convidarnos!

SANTOS ¡Hombre, no! Si fué broma. Vengan á probar las perdices.

NICOM. Sí que vendremos... ¡já, já!

SANTOS Me gusta á mí ver comer á los tacaños, que en las mesas ajenas despliegan un apetito formidable.

NICOM. ¡Já, já...! No lo dirá por mí, que en mi casa tengo un diente...

SANTOS Como que lo está usted afilando siempre... en las casas de los amigos... Vaya, adiós.

NICOM. Vamos ahora á ver á Rodríguez, que también traspasa.

SANTOS Sí; el abuelo se retira con más dinero que pesa.

TRIN. Pues si van á la tienda de Rodríguez, salgan por el portal. (Les indica la puerta de la derecha.)

LUENGO Sí, por aquí. Abur. (Dirigense á la puerta.)

ISIDRO (Llamando á Luengo.) Luengo, hijo mío...

LUENGO (Bajando al proscenio.) ¿Qué?



- ISIDRO Hazme el favor de pasar por el Juzgado, á ver si el Juez ha decretado el embargo.
- LUENGO Creo que sí. Iré por la Escribanía. Pronto le traeré á usted alguna noticia.
- ISIDRO (Apenado.) ¡Dios nos tenga de su mano!
- LUENGO Hasta luégo. (Vánse Luengo y don Nicomedes por la puerta de la derecha.)

### ESCENA V

DON ISIDRO, DOÑA TRINIDAD, DON SANTOS

- SANTOS ¡Adiós, canalla... cuervos que acudís graznando á donde os atraen los olores de muerte...!
- ISIDRO (Impaciente.) Dí: ¿de qué querías hablarnos? (\*)
- TRIN. Has dicho: «de un asunto doméstico.»
- SANTOS ¿Pero no lo adivináis?
- ISIDRO Buena está mi cabeza para adivinaciones. ¿Es algo que pueda darme esperanza de solución?
- SANTOS No es nada de negocios. (Por doña Trinidad.) ¿A que lo adivina ésta?
- TRIN. ¿Será...? ¡Dios mío, lo que se me ocurre!
- SANTOS ¡Que te quemas!
- ISIDRO ¿Pero qué es, por los clavos de Cristo? (Muy impaciente.)
- TRIN. Me da el corazón que es algo referente á nuestra hija.
- ISIDRO ¡Oh! no quiero saber nada.
- SANTOS Pues la pobre...
- ISIDRO (Incomodado.) No quiero que me hables de ella, vamos, no quiero.
- SANTOS ¿Y por qué no?
- TRIN. Yo sí quiero que hable... (Con ansiedad.) A ver, dílo pronto.
- SANTOS Pues... me escribió una carta. ¡Pobrecilla! ¡Es tan desgraciada! Hay que tener lástima.
- ISIDRO No.

(\*) Doña Trinidad, don Santos, don Isidro.

- TRIN. Sí. Lástima por lo menos...
- SANTOS Total: que ha caído de sus ojos la venda que la cegaba. ¡Ah! la amorosa fiebre, el ansia de lo ideal, enfermedad tan horrible como pasajera, y que se cura con otra dolencia, con un buen empacho de la realidad de las cosas.
- ISIDRO Es tarde. En fin, ¿qué...?
- SANTOS Que pues la tenemos sinceramente arrepentida, no debemos regatearle el perdón.
- ISIDRO Santos, Santos, ya vienes tú con tus componendas. No transijo con la deshonra.
- TRIN. Soy madre, y no puedo tener ese rigor. ¡Pobre hija de mi alma! ¿Pero está de veras arrepentida?
- SANTOS Dejadme seguir. Fuí á verla esta mañana en cuanto llegué del pueblo. ¡Infeliz muchacha! Ya ve claro su inmenso desvarío, y aquella inteligencia superior se ha despejado de las nieblas que la obscurecían. Voy, y me la encuentro en su ser antiguo. Parece milagro. Creí verla despertar de un sueño, recobrar de su estúpida embriaguez. Es otra vez tu Isidora, nuestra Isidora, tan simpática, tan dulce, tan inteligente...
- ISIDRO Bñeno, bueno, la perdonamos. Pero aquí no tiene que volver.
- TRIN. Hay que pensarlo.
- SANTOS No, si ya está pensado y resuelto. Volverá.
- ISIDRO ¡Santos!
- SANTOS ¡Isidro!
- ISIDRO En mi casa mando yo.
- SANTOS Tú mandas, sí... pero no te obedecemos.
- ISIDRO (Incomodado.) ¡Digo que no!
- SANTOS ¿Pero á qué te sofocas?
- ISIDRO (Respirando con dificultad.) No me exasperes tú. Ya ves... Estoy que no puedo respirar.
- SANTOS Calma, calma.
- TRIN. Isidro, por Dios, que vuelva, que recobre nuestro afecto, y un puesto en esta pobre casa... Pues

si nosotros la rechazamos, ¿qué va á ser de esa infeliz?

ISIDRO Pero dime... Ese miserable...

TRIN. Ese bandido...

SANTOS Poco á poco... Ese hombre...

ISIDRO (Irritado.) Pero qué... ¿también eres capaz de defenderle?

SANTOS No le defiendo. Se ha portado mal, muy mal. Ya véis: contábamos con que al fin se casaría. Pero la niña se ha cansado de esperar, y ahora es ella la que le abandona á él, y jura y perjura que no quiere casarse con él ni con nadie.

ISIDRO ¡Y ese infame se quedará riendo! ¡Oh!

SANTOS Infame no: Yo le llamo desdichado, y sostengo que es más digno de lástima que de rencor. Cuando él era un jovencuelo, yo le trataba mucho. Como que era yo muy amigo de su padre, el bonísimo don Guillermo.

ISIDRO Un extravagante, un misántropo, que el día en que perdió su fortuna se pegó un tiro.

SANTOS Cabal. No se resignaba á ser pobre. Todo lo perdió y dijo: hago dimisión de la vida. Cada uno tiene su manera de ver las cosas. Yo soy benévolo hasta con los suicidas.

TRIN. ¡Jesús!

SANTOS También conocí á su hermano don Federico, tío de Alejandro, el que le dejó su riqueza...

TRIN. Pues la madre del seductor de mi hija, también debió de ser loca.

SANTOS Fué que le dió por aprender á volar. Se tiró por un balcón. ¡Pobre doña Margarita!

ISIDRO Familia de dementes, degenerados, idiotas, ó no sé qué... ¡Oh, qué rabia siento!

SANTOS Fuera rabia, fuera resentimientos. Preparáos á recibir á la hija pródiga, que vuelve al hogar.

ISIDRO Imposible, aquí no entra.

TRIN. ¡Isidro, por la Virgen Santísima!... Sí, sí, que venga. ¡Hija de mi alma! Tres meses que no la

hemos visto. (Le abraza.) Es nuestra hija, es buena. Ha padecido un grave error. Al error todos estamos sujetos. Perdonemos para que nos perdone Dios. (Llora.)

ISIDRO (Con viva emoción.) ¡Qué débil soy! Siempre haréis de mí lo que queráis.

TRIN. Que venga, sí. Pronto...

ISIDRO Tráela.

TRIN. No tardes. ¡Está lejos!

SANTOS No, muy cerca de aquí.

TRIN. ¡Oh, el corazón me dice que está cerca!... Aquí tal vez. (Mira hacia el foro. Aparece Isidora en la puerta izquierda de la tienda, y allí permanece inmóvil, apretándose el pañuelo contra los ojos.)

ISIDRO Aquí está... ¡oh!

TRIN. ¡Hija de mi alma! (Se echa á llorar, permaneciendo á distancia de ella.)

## ESCENA VI

DON ISIDRO; DOÑA TRINIDAD, DON SANTOS, ISIDORA

SANTOS Pasa... no temas.

ISIDRO ¡Qué emoción! (¡Hija querida!... Disimularé. La dignidad es lo primero.) (Procurando dominar su emoción.)

SANTOS Entra, chiquilla. (Avanza Isidora lentamente con el pañuelo pegado á los ojos.)

TRIN. (Sollozando y secándose las lágrimas.) Tu falta es grave... Nos habíamos propuesto ser inflexibles... Pero no podemos olvidar que... Si tu arrepentimiento es verdadero...

SANTOS ¿Verdad, niña mía, que estás arrepentida, atrozmente arrepentida? (Isidora contesta afirmativamente con la cabeza.) ¿Y que reconoces que padeciste extravío, locura...?

ISIDORA (Sollozando.) Sí, señor.

ISIDRO (Esforzándose en aparecer sereno.) No volverás á ser lo que fuiste para nosotros.

- TRIN. Siéntate. (Presentándole una silla.)  
SANTOS Descansa. No la atormentéis ahora. Ya véis cuánto padece.
- TRIN. ¡Pobrecilla! (La hace sentar, y se sienta á su lado.) (\*)  
ISIDRO Por tí, hemos pasado grandes amarguras.  
SANTOS Dejáos ahora de amarguras. No podéis negar que os alegráis de verla.
- TRIN. Sí, sí... Vaya; no se llora más.  
SANTOS Basta ya; no más lágrimas, no más pucheros.  
ISIDRO Y sepamos ahora á qué se debe la sana resolución que has tomado.
- SANTOS Pues... nada... que... En fin, quédese la historia para otra ocasión.
- ISIDRO No, no: yo quiero saber...  
TRIN. Es que al fin, algo tarde, abriste los ojos, y viste que ese malvado te llevaba al abismo. ¿No es eso?  
SANTOS ¡Malvado! No exagerar. Exaltación en las ideas, una fantasía desenfrenada, falta de disciplina en la conducta, como persona criada con demasiada libertad...
- ISIDORA Eso es. Carácter imposible, malvado no. Pero yo no podía seguir á su lado. Resistí, luché algún tiempo, creyendo, ó queriendo creer que mi error podía en sí mismo encontrar remedio. ¡Qué desengaño! Tomada la resolución de abandonarle, por dos ó tres veces no encontré vigor en mi espíritu para realizarla. Al fin, Dios quiso devolverme la voluntad en toda su fuerza, y cerré los ojos, y adelante, y esto se hace, y esto debe hacerse, y lo hice, y aquí estoy.
- TRIN. Bien, hija, bien.  
ISIDRO ¿Pero la causa determinante...? Celos quizás...  
ISIDORA (Sollozando.) Pues... sucedió que... (Se levanta y va hacia su padre, á quien besa la mano. Siéntase en una silla próxima á la mesa.)
- SANTOS Repito que no hacen falta historias ni lloriqueos.

(\*) Don Santos, doña Trinidad, Isidora, don Isidro.

- ISIDRO ¡Qué locura, qué locura has hecho, hija mía! (\*)  
SANTOS ¡Dale!  
ISIDRO Por lo mismo que eras tan adorable, tan juiciosa, que no parecía sino que el método, el don de gobierno, la gracia y la simpatía se habían encarnado en tí, por privilegio de Dios, por eso, por eso mismo fué más extraña la locura que te entró tan de improviso, como una infección contagiosa.
- TRIN. Sí, porque trastornarse la razón misma, y torcerse las voluntades muy derechas, son cosas que difícilmente tienen explicación.
- SANTOS Pues son cosas muy naturales y que caen bajo el fuero de lo común. Un momento de debilidad, ¿quién no le tiene? Los santos pecaron, y los más rectos se torcieron alguna vez. San Pedro negó á Cristo, y el Santo Rey David... En fin, ya lo saben ustedes.
- ISIDORA Yo reconozco mi error. No me disculpo. Vi en aquella persona un conjunto de cualidades, que me parecieron admirables, realizadas por una imaginación... ¿cómo diré? brillantísima, y una palabra tan, tan...
- SANTOS Seductora, vamos.  
ISIDORA Me arrastraba, me atraía con una fuerza poderosa, contra la cual nada pudo entonces mi razón, nada el respeto de mis padres, á quienes adoraba y adoro, nada tampoco la opinión del mundo. Todo se me empequeñecía ante la grandeza... ¿cómo diré...?
- SANTOS Soñada.  
ISIDORA Soñada; ante la grandeza soñada, ilusoria, de la persona que me llamaba, que me...
- SANTOS Sugestión es esc.  
ISIDORA Luego, en la realidad, ví todas las cosas de otro modo. ¡Ay! de las cualidades que yo soñaba, no

(\*) Doña Trinidad, don Santos (detrás de la mesa), Isidora, don Isidro.

encontré más que algunas. Las reconocí y las reconozco. Otras no existían sino por obra y gracia de mi pensamiento; y en su lugar vi defectos gravísimos.

ISIDRO ¡Pobre víctima! Tan buena eres, que aún defiendes á tu verdugo...

TRIN. Y ves en él cualidades.

ISIDORA Porque las tiene: no puedo negarlo. Al separarme de él para siempre, porque gracias á Dios, he llegado á horrorizarme del deshonor, y á sublevarme contra la humillación, veo muy clarito lo bueno y lo malo que hay en él, y lo juzgo con frialdad. No es un mónstruo, no; no es un perverso; es un...

SANTOS Temperamento borrascoso.

ISIDORA Justamente. Y un soñador incorregible. (Siguen hablando madre é hija. Don Santos pasa á la derecha junto á don Isidro.)

ISIDRO (Aparte á don Santos.) Mira tú si es desgracia la nuestra. Ahora, con esta resolución de la niña, que hay que aplaudir... sí, hay que aplaudirla... se dificulta más el matrimonio. Ese pillo dirá: «Pues ella me abandona...»

SANTOS Deja, deja correr los acontecimientos.

ISIDORA (Á doña Trinidad.) No, mamá, yo no quiero casarme ya, ni con él, ni con nadie. Hoy no tengo más aspiración que vivir obscura y olvidada en un rincón de mi casa, procurando ayudar á mis padres, y hacerles olvidar la terrible pena que les he causado.

TRIN. ¡Pobre alma mía!

ISIDRO (Muy triste.) Vuelves á nosotros en circunstancias muy tristes.

ISIDORA (Levantándose resuelta.) Sí, he oído que la casa no anda bien. No hay que desanimarse. Yo os ayudaré.

## ESCENA VII

DICHOS; TRINITA, SERAFINITO por la izquierda.

TRINITA (Que se sorprende y se corta al ver á su hermana!) ¡Isidora... ah!

SERAF. Mi hermana... (Cohibido.)

ISIDORA (Va hacia ellos, y don Isidro y doña Trinidad quedan al otro lado, proscenio derecha.) Yo soy, yo.

SANTOS Abrazad á vuestra hermana, tontos. (Se abrazan los tres. Queda este grupo con don Santos en el proscenio izquierda.) Teniais ganitas de verla, ¿verdad?

TRINITA Sí que las teníamos.

SERAF. Vuelves á casa... ¡qué alegría!

ISIDORA (A Trinita.) ¿Y qué tal, estudias mucho?

SANTOS Ya se sabe todita la *Danza Macabra* á no sé cuántas manos.

TRINITA Estoy estudiando un *Nocturno* precioso para el concierto que dan el domingo las de Cabrales.

ISIDORA ¿Y tú? (Á Serafinito.) Ya sé que estás hecho un sabio.

SANTOS Y un orador capaz de volver tarumba al Verbo Divino.

SERAF. Hablo regular. Me voy soltando.

ISIDORA Ya he leído, sí...

SANTOS Ya le llaman *el joven pensador*.

TRINITA (Burlándose.) Y *el precocísimo filósofo*...

SERAF. Calla, simple.

SANTOS ¡Pero si para él la Filosofía es una antigualla! ¿Verdad, monín?

SERAF. Me gusta más la Sociología, la ciencia social. Mis ídolos son Durkheim, Novicow, Aquiles Loria, Greef...

TRINITA ¡Uy, qué nombres!

SANTOS ¡Pero estos muñecos del día lo que saben!

SERAF. (Á Isidora.) Oye: vas á decirle á mamá, yo no me atrevo, que me compre las obras completas de Lombroso, Garófalo y Mandsley.

SANTOS ¡Atiza! ¡Bueno está ahora tu padre para esas bromas!

ISIDORA Los negocios de la casa van mal. Es necesario que ayudemos todos.

TRINITA ¡Pobre papaíto, cuánto cavila!

SERAF. Pues yo haré oposición á una cátedra, la ganaré, tendré mi sueldo, y...

SANTOS Sí, hijo, sí; gánala, aunque sea por intrigas, que los tiempos están mal. Si esto no se arregla, tendréis que veniros todos conmigo á Móstoles, á comer sopas de ajo. A tí (Serafinito) te dedicaremos á la carrera eclesiástica. Tú (Por Isidora) serás maestra de escuela; y á tí, (Trinita) la perla de la familia, te casaremos con el hijo del Alcalde, un charrón muy bruto y que no cabe por esa puerta, pero que tiene mucho trigo... (Siguen hablando.)

ISIDRO (Á doña Trinidad, en el proscenio derecha.) Pues sí, me atormenta esa idea. Hace poco, cuando le hablamos de nuestra situación, dijo ella: «No desanimarse; yo os ayudaré.»

TRIN. Sí que lo dijo. A ver si has pensado lo mismo que yo.

ISIDRO Yo he pensado... No me atrevo á decirlo, porque si el pensarlo sólo me abochorna, el decirlo, figúrate...

TRIN. «Yo os ayudaré» quiere decir, «yo tengo dinero, y con él podréis salir de vuestros apuros.»

ISIDRO Eso quiso decir sin duda. Pero yo, primero pido limosna por los caminos, que admitir dinero que nuestra hija recibió del hombre que nos ha deshonrado.

TRIN. Sí que es vergonzoso.

ISIDRO Si lo tiene, que se lo guarde.

TRIN. Es verdad. Interrógala tú. Dile, que si pretende salvarnos de la ruina con el precio de su deshonor, no podremos tenerla en casa.

ISIDRO Díselo tú. Mi conciencia se subleva.

TRIN. Es más propio que se lo digas tú... (Llamándola.) ¡Isidora!...

ISIDORA (Corriendo hacia ella.) ¡Qué, mamá?

TRIN. (Cohibida.) Tu padre quiere hablarte.

ISIDRO (Asustado.) No, yo no... tu madre...

TRIN. ¡Yo? Pues yo tampoco me atrevo. No, no era nada... Que... (Don Santos continúa disputando con los chicos en el proscenio izquierda.)

## ESCENA VIII

DICHOS; BONIFACIO, por el foro.

BONIF. Don Isidro, me piden sedas chinas en colores.

ISIDRO Creo que no hay.

ISIDORA ¡Que no hay? ¡Cuánto habéis vendido! Hace tres meses, había como unas doscientas piezas en el almacén.

ISIDRO Busca en el almacén. ¡Hay mucha gente en la tienda?

BONIF. Alguna hay.

ISIDRO Voy yo. (Vase don Isidro á la tienda, y Bonifacio sale por la puerta de la derecha.)

ISIDORA (Con doña Trinidad, en el proscenio, centro.) Y de las sedas crudas de medio ancho, bien me acuerdo, había en el almacén una existencia enorme.

TRIN. Se ha vendido mucho, según creo. En fin, no sé. Hija, hablemos de otra cosa.

SANTOS (Que ha sostenido una viva discusión con los chicos.) Vaya, me dejo conquistar por estos pillos, y les llevo á dar un paseo.

TRINITA ¡Qué gusto!

SERAF. ¡Bravísimo! (Aplaudiendo.)

TRIN. Me parece bien. Vayanse á dar una vuelta.

TRINITA Y de paso me compro el fichú que necesito. Voy por mi sombrero. (Vase.)

SERAF. Y entraremos un momento en la librería.

TRIN. Pero no pienses en comprar libros.

SERAF. No hace falta. Veo los títulos, hojeo un poco, leo los índices...

SANTOS Y esta noche largas un par de citas, y les dejas